

**ANTROPOLOGÍA
EN DEVENIR POLÍTICO**
ENCUENTROS TRANS-DISCIPLINARES

...

JOSÉ TURPÍN SAORÍN (ED.)
PRÓLOGO: JOSÉ LUIS VILLACAÑAS



Filosofía y Sociedad 7

ISBN: 978-84-124424-7-2
Depósito Legal: M-115511-2023
Materia THEMA: JHM – JHMC – JBCC

© 2023 Dado Ediciones
© 2023 José Turpín Saorín (ed.)

Título original: *Antropología en devenir político. Encuentros trans-disciplinares*
Editor: José Turpín Saorín
Prólogo: José Luis Villacañas

Colección: Filosofía y Sociedad nº 7
Primera edición: primavera 2023
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Paulina Real y Claudia Jaramillo
Tipografía: Lovelo, diseño de Hans Rezler; Linux ^{liber}_{time} y Myriad
Producción gráfica: Gráficas de Diego

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com | @DadoEdiciones
www.dadoediciones.org

Índice

Prólogo. Alabanza de la Antropología.....	5
José Luis Villacañas	
Presentación.....	17
José Turpín Saorín	
1. Transfobia y victimización	23
Marta María Aguilar Cárceles	
2. Nuevas rutas de la acción colectiva: Un enfoque desde la gobernanza	49
Rina Marissa Aguilera Hintelholher	
3. El Mar Menor zona crítica: agro-extractivismo, agri-cultura y sociedad.....	69
David Avilés Conesa	
4. La pandemia, un episodio del antropoceno	87
Antonio Campillo	
5. El trabajo de cuidados: Procesos de politización de la Federación Nacional de Trabajadoras Asalariadas del Hogar de Bolivia.....	97
Mariela Díaz Carrasco	
6. Genealogía y performatividad del sexo: Los deberes de ser hombre o mujer.....	119
Marina García-Granero Gascó	
7. Los mitos fundacionales y el testigo modesto de los hechos.....	143
Cristina Guirao Mirón	
8. La teoría de juegos como comprensión humana	149
Francisco Javier Jiménez Ruiz	
9. Porvenir en tiempos de distopías	175
Silvia Patricia López y José Turpín Saorín	
10. La Gobernanza y voluntariado universitario ante la pandemia del Covid-19: estudio sobre España, Argentina y México.....	193
Miguel Ángel Márquez Zárate †	
11. Miradas subjetivas en torno a las representaciones de la masculinidad.....	215
Alejandra Martínez	

12. Plazas de mercado y dinámicas sociopolíticas: entre las fuerzas centrípetas y centrífugas del territorio.....	229
Victoria Salazar Gil	
13. Políticas del terror: subjetividad neoliberal y populismo autoritario.....	243
David Soto Carrasco	
14. La antropología como esperanza política.....	265
José Turpín Saorín	
15. Crisis civilizatoria y amenaza autoritaria.....	283
José Antonio Zamora	
Anexos.....	303
Tras la huella del origen... Historia de una portada.....	305
Paulina Real	
Relato de una vida <i>trans-vivida</i>	307
Félix Peñalver Morales	
Los silencios y las luchas que le permitieron cantar. Historia de vida: Gregoria Gabriel.....	333
Marianela Díaz Carrasco	
Semblanza del Dr. Miguel Ángel Marqués Zárate	349
Adriana Reynaga Morales	
Semblanzas de los autores y autoras.....	351

Prólogo

Alabanza de la antropología

José Luis Villacañas

Están ciertamente lejanos los tiempos en los que la Antropología luchaba por ser la heredera de la filosofía trascendental y por concitar todas las energías de una ciencia filosófica fundamental. Esta línea de trabajo fue provocada por la sistemática kantiana, que como es sabido sintetizaba todas las preguntas críticas en la más directa y sencilla de qué es el humano. En la segunda mitad del siglo XIX todos los grandes pensadores y todas las corrientes de pensamiento tuvieron que enfrentarse a esta concentración de sentido que reunía todas las condiciones de la razón en la reflexión sobre el ser humano. De entre todas las direcciones que desplegaron esta orientación, sólo la primera escuela de Marburg se mantuvo fiel a la construcción kantiana y reclamó que ya la síntesis de la ciencia, la ética y la estética producía el suficiente saber sobre lo humano y que la antropología se reducía a la manera convergente en que se podían movilizar todos los análisis de las tres grandes Críticas kantianas. Ciertamente que en esta síntesis se podían originar emergencias, como la religión o la política, pero en cierto modo esos eran saberes que pasaban por la aplicación de los oportunos fundamentos explanados en los ámbitos críticos esenciales del conocimiento, la ley moral de la acción y el sentimiento propio del placer estético compartido.

Sólo cuando Ernst Cassirer desplegó su Filosofía de las formas simbólicas fue capaz de generar un ámbito de análisis trascendental unitario que se movía a un nivel más profundo que las tres críticas kantianas y que, en cierto modo, otorgaba a estas sus fundamentos comunes en la capacidad humano de comunicación simbólica. Con ello se recogían las influencias que el análisis trascendental podía recibir de las ciencias de la cultura, y al mismo tiempo se proyectaban los efectos de fundamentación filosófica para estabilizar la práctica de estas ciencias. Así, no puede extrañarnos que el propio Cassirer culminara su producción filosófica con una Antropología filosófica con la que finalmente obedecía al planteamiento kantiano.

Pero esta dirección de la filosofía trascendental pronto generó una verdadera resistencia a la antropología. Por lo general, el punto de inflexión fue la relación de Paul Natorp con Edmund Husserl. El primero desplegó una reflexión lógica sobre la cuestión de la intencionalidad, la mutua e inseparable relación de sujeto-objeto de conocimiento y su dinamización a través de líneas de fuerza teóricas que procedían de la reactualización del platonismo como la filosofía básica que alentaba en el fondo del kantismo. Este planteamiento se centraba en estructuras ideales eternas de fuerte impronta normativa que regulaban el conocimiento teórico, desde la lógica a la estructura categorial de toda experiencia. Husserl así desplegó un sentido de teoría como normatividad absoluta y necesidad que no podía reposar en condiciones de facticidad, siempre atravesadas por la contingencia. Por el contrario, esas estructuras del Logos sólo podían dotarse de una base adecuada de necesidad si realizaba una epojé respecto del mundo de la facticidad y, a partir de ahí, aspiraba a una intuición de esencias ideales, cuya evidencia sólo podía proceder de estructuras universales de la conciencia. De este modo, cualquier invocación a la psicología, a la evolución natural de los organismos, a la estructura óntica del ser humano, carecía de validez como fundamentación de la normatividad ideal del conocimiento teórico, cuyos objetos de conocimiento era ciertamente eterno. Para Husserl, la cuestión de lo humano sólo podía abordarse desde la estructura previa del Logos, como sus encarnaciones. Incluso aquellas dimensiones específicamente antropológicas, como la corporeidad, venían abordadas desde la cuestión del aseguramiento del Logos en su despliegue y realización. Como es sabido, este planteamiento llevó a Husserl a descubrir la relevancia de la teoría de la intersubjetividad, pero como tal esta teoría no formaba parte de las prestaciones de la Antropología, sino de las exigencias de la actividad eterna y completa de la teoría. La correspondencia del Logos con la idea era aquí lo fundamental y las estructuras categoriales y necesarias de la conciencia eran todo lo que se necesitaba para desplegar la fenomenología. Curiosamente, Heidegger defendía una correspondencia parecida, la existente entre la categoría del Dasein y el acceso al Ser. Ahora ese acceso al Ser no era lógico, como reclamaba Husserl, sino existencial. Pero la meta era la misma y no pasaba por el estudio del hombre en su facticidad. Por mucho que parezca otra cosa, Heidegger en modo alguno deseaba analizar el *Dasein* desde estructuras antropológicas, sino sólo desde el sencillo filosofema de que el *Dasein* es el ente para

el cual la pregunta por el Ser puede ser significativa. Esto no impidió que Husserl pensara que la analítica existencial del *Dasein* desplegada en *Ser y Tiempo* en el fondo constituía una antropología y así se llegó al gran malentendido de aquella famosa conferencia de Husserl, tan decepcionante como masiva, Antropología y Fenomenología, en la que creía distanciarse de un Heidegger que sencillamente compartía su dirección, aunque no su propuesta. Por lo demás, era fácil inducir a Husserl a la creencia de que el análisis existencial heideggeriano en el fondo era una variable de la antropología en la medida en que estaba traspasado de contenidos que se encontraban operativos en las ciencias sociales de la época, hasta el punto de que muchos, entre ellos nuestro Ortega, consideraron determinadas partes de *Ser y Tiempo* como una sociología filosófica.

En realidad, Husserl no deseaba solamente indisponerse con un Heidegger que ciertamente ofrecía más oscuridades que otra cosa. También deseaba ajustar cuentas con Max Scheller, que no le había seguido en el paso a la fenomenología trascendental y que había asumido ciertamente la Antropología como la culminación de la vieja divisa de ir a las cosas mismas de la escuela de Tubinga. Scheler rompió ciertamente con la centralidad de la lógica y de sus estructuras de necesidad y abrió paso al valor central de los sentimientos y del sufrimiento, del cuerpo y de la carnalidad, como elementos que conectaban con la materialidad vital. Tras él, la antropología se convirtió en un seguro de vinculación con la mundanidad y con el mundo de la inmanencia.

No podemos dejar de apreciar en todo aquel mundo profundas ambivalencias y no debemos considerar que las posiciones estuvieran perfectamente establecidas. El mismo Heidegger había dedicado sus *Kantsbuch* al vínculo entre metafísica e imaginación, algo que resultaba difícil de separar de la tendencia a interpretar la filosofía trascendental en clave antropológica, tendencia que culminaría de forma inopinada cuando Michel Foucault, en su segunda tesis, dedicada también a Kant y a la Antropología en sentido pragmático –que tradujo–, explicó que todas las estructuras a priori de la razón aparecieron como concreciones históricas espacio temporalmente determinadas y válidas para el público burgués del siglo XVIII. Esta idea de un a priori histórico antropológicamente condicionado tenía como aspiración acabar con el Logos de Husserl.

En realidad, mientras tanto, las conexiones entre las ciencias sociales y la antropología habían crecido, se habían multiplicado y fortaleci-

do mucho más allá de donde las había dejado Wilhelm Dilthey. Se suele decir que la antropología comenzó a considerarse como la específica fundamentación de las ciencias de la cultura y este es el camino que inauguró Dilthey, sin duda. Sin embargo, demasiado dominado por la comprensión positivista de la ciencia, Dilthey siempre naufragó entre la consideración de la filosofía como un discurso de fundamentación o un discurso de orientación. Acerca de la primera posibilidad desplegó un sentido de antropología hermenéutica de naturaleza estrictamente filosófica que podía encontrar las dimensiones fundamentales del ser humano como productor de cultura en aquellas estructuras fundamentales de la vida. El vitalismo era lo que fundamentaba su tesis de la conexión psíquica profunda, que no era de naturaleza psicología sino vital. Resulta evidente que también Ortega siguió por este camino de la reflexión sobre la vida como fuente de identificación de la estructura histórica del existir humano. Pero no siempre Dilthey logró explicar su proyecto de hermenéutica antropológica como completamente ajeno a la psicología. Su conexión psíquica profunda, que obedecía a la lógica convergente de la percepción, el deseo y el sentimiento, los ámbitos que generaban el conocimiento, la praxis y la expresión estética, y que por tanto culminaban la obra crítica de Kant ampliando el camino hacia la fundamentación de la ciencia histórica, fue considerada como un dato más que no podía condicionar las estructuras de validez y de fundamentación, aunque era cierto que se trataba de una conexión formal y a priori que vale para todo ser vivo. Todo organismo toma conciencia del medio, lo percibe; agita su interior en una respuesta, lo siente; y orienta su conducta en el medio en algo que marca la dirección de un deseo. Ciertamente no hay ninguna percepción teórica en sentido de Husserl, sin que al mismo tiempo genere deseos que movilizan la voluntad y sentimientos que determinan o inclinan a la expresividad. En suma, el problema de Dilthey fue que no resulta convincente a la hora de abordar su temática desde una metodología filosófica. A pesar de la amistad y el respeto personal que se profesaron, Dilthey y Husserl no unificaron sus caminos y Heidegger mostró una aguda percepción de las cosas cuando introdujo a Dilthey en los análisis de Ser y Tiempo para ofrecer la historicidad como elemento fundamental de la manera en que el Dasein se abre al Ser. Por supuesto, la producción final de Dilthey abandonó todos los intentos de fundamentación y se entregó a una teoría de las concepciones del mundo como ensayos de orientación de la existencia humana, como formas básicas de comprensión de la vida y de interpretarla.

La antropología como ciencia del ser humano [*Wissenschaft des Menschen*] se desplegó en otra dirección, siempre de la mano del neokantismo, en la escuela de Baden o de Heidelberg y siempre con la misma aspiración de fundamentación de las ciencias de la cultura o de las ciencias sociales. Esta fue la dirección de pensadores como Windelband, Heinrich Rickert, Emil Lask y fundamentalmente Max Weber. La línea inicial de este pensamiento partía de la diferencia entre ciencias naturales y ciencias culturales, pero el más coherente de sus representantes, Max Weber, llegó a firme convicción de que estas ciencias no se diferenciaban por el objeto, sino sencillamente por los fines del conocimiento. Eso es lo que determinaba el método. Unas ciencias aspiraban a la producción de leyes y proposiciones generales, ya estuvieran caracterizadas como expresiones de necesidad o de probabilidad. Otro tipo de ciencias aspiraban al conocimiento de constelaciones singulares en las que operaban determinadas agencias que podían recibir imputaciones causales adecuadas, pero que no podían ser elevadas a proposiciones generales ni expresarse en afirmaciones de necesidad. Este era el medio de conocimiento histórico y cultural. Como resultaba evidente para Max Weber, no había aquí privilegio para el ser humano. Este podía ser estudiado de una u otra manera, como ser natural o como ser histórico, de la misma forma que los cielos podían estudiarse en la simultaneidad estructural de su presencia o en su evolución histórica, en sus leyes gravitacionales o en su proceso de formación singular. No había ciencia natural y espiritual, sino ciencia histórica o ciencia que neutralizaba el sentido evolutivo y procesual. Se trataba de dos métodos completamente diferentes. Pero para las ciencias de la cultura, que eran sobre todo ciencias de procesos históricos singulares, podían ser igualmente útiles las aproximaciones naturalistas al ser humano, los saberes de experiencia, las leyes nomológicas, las estabilizaciones del sentido común y las formas conscientes de los mundos de la vida. En suma, no se trataba de ontología, sino de métodos.

En este sentido, Weber asumió que la ciencia de lo humano venía caracterizada por un círculo cercano al que luego la hermenéutica de Gadamer pondría de relieve. La ciencia histórica de lo humano, a través de la ciencia de la cultura, de la sociedad, de la economía, ofrecía elementos que podían alcanzar a teorizarse junto con los elementos procedentes de las aproximaciones empíricas, enriqueciéndose recíprocamente, ofreciendo nuevas inspiraciones, en una relación recíproca

inagotable, pues las perspectivas desde donde se miraba procedían del presente y de sus propios intereses fundamentales. Por eso, en cierto modo, Weber neutralizó cualquier intento de fundamentación antropológica de la ciencia social y cultural. Los resultados de estas eran la verdadera antropología, la ciencia de lo humano. Sin embargo, para una tradición filosófica como la alemana esto parecía un resultado pobre, sobre todo porque Weber no explicitó nunca sus posiciones filosóficas más allá de sus ensayos metodológicos. Los intentos de Karl Jaspers de hacer de él un verdadero filósofo no sólo no fueron compartidos, sino que la línea de Heidegger lo vio como una amenaza que disolvía el gremio de la filosofía. En cierto modo, el refugio en la metafísica tuvo un efecto asegurador frente a este asalto weberiano a la necesidad de que fuera necesario disponer de una metafísica explícita. Los prejuicios de Hannah Arendt contra Weber muestran las graves incomprendiones de la escuela heideggeriana a este respecto y los esfuerzos de Dieter Heinrich por poner a Weber en la senda del idealismo alemán no pudieron imponerse, no debían imponerse, pues ciertamente Weber desplegó toda su vida una sincera hostilidad a ese idealismo.

La pretensión de una antropología filosófica como fundamento de las ciencias de la cultura y la interpretación de las producciones culturales no fue abandonada, sin embargo. En realidad, la principal propuesta en este sentido la debemos a un autor inquieto y elegante, que recorrió el mundillo filosófico alemán de la época mostrando su insatisfacción con el estado en el que se hallaba y que lo pagó con el desprecio y el olvido. Se trata de Helmuth Plessner. Este biólogo y filósofo, que había desplegado investigaciones con el biólogo Buyterdij y que conocía muy bien la obra de Von Uexküll, de Driedrich y de Köhler, en convergencia con las investigaciones que por ese tiempo comenzaba Konrad Lorenz, defendió de nuevo una pretensión filosófica de la antropología como fundamento de la historicidad y por tanto de las ciencias de la cultura. Sin embargo, estaba muy influido a la vez por Dilthey y por Husserl y había estado en contacto con Weber, cuyo metodologismo le había decepcionado necesariamente. Así se lanzó a una antropología filosófica que partía de una filosofía de la biología y que desplegaba la figura del ser humano desde las descripciones fenomenológicas de lo dado a la intuición. Lo decisivo es que su aproximación quería mantener las exigencias del método fenomenológico en la medida en que deseaba desvelar las estructuras de lo orgánico de un modo previo a la experiencia científica empírica. Así llevó a cabo

una fenomenología de la posicionalidad como estructura inevitable del cuerpo orgánico y mostró la clave de la diferencia antropológica en lo que llamó la posicionalidad excéntrica de lo humano. Sin duda, las consecuencias políticas y culturales fueron importantes y pronto mostró una gran capacidad crítica para oponerse a los pensadores de la comunidad sustancial y para vincular sus nociones antropológicas básicas con los enunciados políticos fundamentales de Carl Schmitt.

Fue maltratado por todos. Poco antes de morir Scheler propaló la idea de que había plagiado su obra *El puesto del hombre en el mundo*. Heidegger se solidarizó con su amigo, con tantos más motivos por cuanto el propio Plessner le acusaba de idealismo y abstracción al proponer una idea de *Dasein* que recordaba mucho a la subjetividad trascendental, como en el fondo era a su manera, sólo que, no dirigida al conocimiento, sino al Ser. Plessner fue vilipendiado por la falta de escrúpulos morales del gran pensador que fue Heidegger y no podemos dejar de ver aquí la reacción de mandarines antisemitas bien instalados en el campo académico contra las enésimas pretensiones de un judío católico, un parvenu más que deseaba labrarse un camino filosófico. Como lamentaba el propio autor en la segunda edición de su libro, ya muy tardía, su obra, *Los grados de lo orgánico y el hombre*, fue sometido a un duro silencio. Al menos aparente. Heidegger se dio cuenta de hasta qué punto era posible que el libro encerrara una dirección prometedora y dedicó exactamente a sus temas las lecciones del curso de 1928-1929, que hoy conocemos como *Conceptos fundamentales de la metafísica*. Mundo, finitud, soledad. En honor a la verdad, es preciso decir que ninguno de estos temas había sido tratado en *Ser y Tiempo*. Pero el énfasis era nuevo y claramente alternativo a los análisis de Plessner, aunque convergente. En realidad, ahí insistía en el concepto husserliano de mundo para lanzarse contra la filosofía de Plessner, rechazando la idea de que los animales tuvieran *habitus*, *ethos*, mundo y conciencia y definiendo al animal como pobre de mundo, para lo que utilizó aspectos de Von Uexküll, con los que describió al animal como absorto en sus sistemas de inhibidores y desinhibidores, claramente insensible a lo que Freud, el otro gran referente de la época, había explicado acerca de la dimensión de respuesta a la angustia que tenía la inhibición. En suma, uno no podía permanecer absorto o aburrido mientras genera la inhibición.

Fue un momento crucial para la evolución de la filosofía contemporánea. Sin embargo, Heidegger, por razones que desconocemos,

pero que podemos presentir, enterró estas lecciones, que en carta personales a algún amigo reconoció como su primera producción metafísica positiva propiamente dicha y que analistas tan cualificados como Eugen Fink o Safransky calificaron como el curso fundamental y el primero que debía publicarse de la serie de sus lecciones. En realidad, cuando salió en 1983 nadie se acordaba de que en el fondo era un intento de oponerse a los argumentos de Plessner recién publicados cuando se dieron en 1928. Cuando Derrida concluyó su libro sobre la diferencia entre el hombre y el animal llegó exactamente a la misma conclusión que Plessner había llegado en 1928 e hizo depender la doctrina de la diferencia ontológica de la doctrina de la diferencia antropológica. Cuando Agamben publicó en 2005 *Lo abierto*, la cuestión animal, consumó la injusticia histórica con Plessner en la medida en que, cosa rara en su erudición portentosa, no lo hizo intervenir en su argumento.

Por supuesto, Plessner no fue el único en proponer una antropología filosófica con poderosas aspiraciones de configurar una sociología y, en general, una teoría de las ciencias sociales y de la cultura. Arnold Gehlen hizo lo propio y utilizando todas las fuentes comunes la situación llegó a Hans Blumenberg, y para entonces se hizo completamente autoconsciente la cuestión de la tumultuosa relación con Heidegger y con Husserl. Para ese momento, la preocupación fundamental de Blumenberg era una fenomenología histórica que resultaba, como he defendido en otros lugares, altamente afin con la problemática básica de Reinhard Koselleck. Con ello, y aunque amparado en una lectura muy original de Freud, la antropología filosófica no abandonaba la relación con las ciencias sociales. A pesar de ello, la filosofía, inspirada por Heidegger, siguió su camino anclado en diversas aplicaciones de la diferencia ontológica a la filosofía de la naturaleza, con Deleuze, o a la política, con lo que se ha llamado en general el postfundamentalismo político.

Sin embargo, no todo estaba perdido para la antropología como disciplina capaz de fundamentar las ciencias sociales y de la cultura. Tendríamos que llegar a la obra fundamental de Peter Winch, *Idea de una ciencia social*, publicada en Gran Bretaña en los años 50, en pleno apogeo de la recepción de las Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein. Allí se propuso una síntesis de Wittgenstein y Max Weber que todavía hoy sigue siendo de interés consultar y que representó una alternativa a los intentos de síntesis con los que Alfred Schütz deseaba acercar a Husserl con Max Weber. Por aquella síntesis de Winch se lle-

gó a la posibilidad de aplicar las categorías weberianas de comprensión, interpretación, sentido mentado y demás a las tesis del vienés acerca de comprender las formas de vida. De este modo, se disolvía también la filosofía final de Wittgenstein en la antropología, algo que estaba en el origen, pues sabemos de su interés por la lectura de *La rama dorada* y por los estudios de Edouard E. Evans Pritchard sobre los azande. Las ilusiones positivistas y platónicas de hallar la estructura lógica capaz de pintar el mundo y establecer sus tablas de verdad quedaban atrás, arrinconadas por la inevitable necesidad de comprender la forma de vida peculiar, histórica, contingente y peculiar propia de occidente en la que se configuran esos sueños teóricos, comunes a Husserl y al primer Wittgenstein. De este modo, la sociología del conocimiento poco a poco comenzó a erosionar las aspiraciones neofundamentalistas de los positivistas. El gran éxito de Thomas S. Kuhn, que finalmente era un discípulo de Thomas Merton, certificó el final del positivismo y la entrada en una filosofía de la ciencia crecientemente antropologizada. La paradoja, que mostró con genialidad Blumenberg, es que con ello se llegaba de nuevo a las posiciones que había establecido Cassirer en los años veinte del siglo pasado con sus análisis del lenguaje mítico como la prehistoria de la ciencia. Con ello, nos damos cuenta de que un aspecto muy central de la evolución del pensamiento en el siglo xx está orientada a la cuestión de la antropología. Esa evolución, siempre en contacto con las más diversas direcciones de pensamiento, dota al discurso antropológico de una promiscuidad intelectual que constituye un dispositivo capaz de registrar la creatividad profunda del pensamiento del siglo xx.

Sin embargo, no habríamos acabado este relato sin tomar en consideración la última de las estaciones de este recorrido fundamental. Última de forma relativa, desde luego, pues podríamos desplegar este pequeño mapa en otras las direcciones, ricas y estimulantes, como la de Pierre Legendre y sus desarrollos de la antropología jurídica. El caso es que un Wittgensteiniano muy especial, Clifford Geertz, que podía haber leído el texto de Peter Winch “¿Qué significa comprender una sociedad primitiva?”, impulsó la cuestión de la antropología de una manera que era capaz de dotar de fuentes filosóficas adecuadas toda la práctica de los antecedentes anglosajones de la antropología cultural. Este giro, que recoge conceptos importantes de Cassirer, ha sido decisivo para avanzar hacia una observación antropológica de nosotros mismos, en el sentido de armar la mirada para descubrir al

otro que en todos nosotros alberga y para hacerlo al margen de las invocaciones éticas, más generales, de Levinas, y de las alusiones casi mistericas de Lacan. El otro de Geertz es histórico, actual, de carne y hueso, dotado de cultura, de forma de vida, de opacidad. Un otro que se esconde tras los rostros familiares, tras los hábitos que neutralizan su extrañeza, tras los silencios que recorren su soledad; un otro que necesita ser descubierto a cada paso, que debe dar su propio informe de vida, que no puede reducirse a un socio o un compañero de consumo, un otro que espera poder habitar a nuestro lado desde la práctica sencilla del reconocimiento de su dignidad. Otro que finalmente forma parte de nosotros y que somos nosotros mismos.

Y así llegamos a una sociología que es antropología, y a un abordaje de nuestra sociedad contemporánea que sólo cuando prende la mirada antropológica alcanza a dotarnos de las herramientas de objetividad y de óptica pasiva adecuada para comprendernos en nuestras existencias locales, en las concreciones de la vida histórica, al margen de las abstracciones propias de las correlaciones cuantitativas. Lo más importante es que todos estos sentidos de antropología que recorren el siglo xx siguen operativos de un modo u otro, cada una con sus direcciones y métodos. Y eso hace que la antropología sea una disciplina entre fronteras, que reclama su lugar, pero que no puede decir con claridad cuál es. Quizá, como sugiere Marc Augé, ella pertenece a uno de esos no lugares indefinidos, de tránsito, de comunicación, y que constituyen la circulación de saberes. En un universo preparado para las calificaciones y las clasificaciones, quizá sea difícil encontrar un cubículo para esta disciplina. Pero quizá su carácter rizomático sea imprescindible para anclar una buena cantidad de disciplinas, desde la política a los estudios culturales, a la vida concreta. Y por eso, ha de reivindicar un lugar académico, aunque ese lugar no esté claro para nadie ni para sí misma. Sin embargo, en su capacidad de dinamizar saberes y aproximaciones, en establecer conexiones nuevas, en identificar nuevos objetos de estudio, resultará siempre inspiradora y significativa.

Creo que ese es el objetivo que se propone este libro, que ante todo es una defensa de la disciplina y de su capacidad de unir investigadores y perspectivas. Mostrar los contactos que puede movilizar, los intereses que puede organizar, los puntos de vista desde los que puede trabajar, los estudios que puede incorporar, los profesionales que le muestran su respeto y se dejan inspirar por ella, es sin duda lo que proclama este volumen. Esta dinamización del Campus, de todo Cam-

pus universitario es una tarea de esta promesa de convergencias que la Antropología es desde su inicio. Y por eso, para defender su sentido y su validez, he deseado acompañar el esfuerzo de José Turpín al dar realidad a un colectivo importante de académicos que hace visible las diversas orientaciones de estudios que, de una manera u otra, utilizan herramientas diversas de la Antropología. Se trata de un placer académico indiscutible y un deber de amistad profesional. Debo lo que soy intelectualmente a la Universidad de Murcia, a la que llegué allá por el año 1986 y he seguido con atención la evolución de su Estudio General. Compartí sus aulas con algunos autores de este libro, ya como colega de claustro, ya como viejos estudiantes de mis clases, algo que resulta especialmente emotivo. Escribir este prólogo es así una forma de reconocer su esfuerzo y de mostrarles toda mi simpatía y afecto, y acompañarlos en la defensa de un lugar institucional más amplio, seguro y efectivo para los estudios de Antropología.

Madrid, 7 de febrero de 2023



Presentación

José Turpín Saorín

*La antropología pone al hombre ante un gran espejo y le deja
verse en su infinita variedad*
Kluckhohn (1965)

Este libro es el resultado de unas inquietudes por explorar poniendo en relación, en el sentido más amplio del término, a la antropología y a la política, para ello decidí solicitar a “un variado” y contrastado número de investigadoras, así como de investigadores una idea, ¿más que osada?, que venía desde hace años rondándome, la de sentarme alrededor de una mesa, a ser posible de camilla, y empezar a hablar sin más orden que la absoluta y caótica necesidad de sentir que tienes algo que contar y... empezar a hablar, yéndome al origen (fabular), contar historias, sólo con la impronta de que: *Tengo algo que contar*.

Es así, ese fue el objeto. Hablar, pero... hablar ¿de qué? se podrán estar preguntando; pues, hablar de lo que nos apeteciera, como adelante, con la única salvedad de que la cuestión a hablar nos preocupe, nos ocupe y sobre todo sintiéramos querer contarla, casi una necesidad, pero siempre bajo la intención de que... “había algo que decir”. Y hablando de necesidad, me refiero a esa necesidad cognitiva que gotea de toda gesta humana que quiere conocer, se cuestiona, indaga y al final incluso encuentra, al menos una reflexión que a buen seguro nos servirá a otros muchos para seguir. Y... ¿Qué otra cosa, si no, es el conocimiento?

De hecho, empecemos a asumir que la compilación que cae en sus manos no nace con la intención preconcebida de abordar un tema concreto o ámbito, y sí la de jugar (provocar) con la incertidumbre de quienes comprenden que el conocimiento junto a la cultura es un proceso de creación orgánica, viva, en un aquí y un ahora. Donde se dan, se darán tantas realidades, como preocupaciones, intereses y ganas de los participantes, únicos protagonistas, junto a la ulterior interpretación de ustedes (lector/a). Recogiendo así el sentido más romántico de la miscelánea, la curiosidad por el conocimiento.

Si a esto le añadimos que... “el ser humano es un animal suspendido en redes de significados que él mismo ha tejido”. Desentrañar

dichos entresijos se convierte en sí mismo en un loable laborar. Y ese es el motivo, del libro que comienza a leer; el curiosear entre disciplinas, introducir distintas perspectivas y sin más intención que entrar de lleno en el tan manido encuentro entre disciplinas. Pues esta forma de trabajo colectivo, defenestrada en la actualidad por las editoriales, nos acerca a la alteridad a la apertura y a la flexibilidad, situándose en lugares en ocasiones marginales de su propia disciplina con el fin de cooperar, interactuar y sobre todo comunicar esas cuestiones sociales y políticas que no pueden asignarse a ningún campo específico de la ciencia de compartimentos, que necesita de un cruce de fronteras entre disciplinas en donde el resultado de sus conclusiones se hacen poco predecible y ahí se fundamenta el carácter de la presente obra.

Pues el conocimiento es razón de diferentes competencias y es que, nos encontramos, al menos así lo percibo, en un tiempo donde “el conocimiento” campa de boca a oreja sin fundamentación alguna y otras se rodea de exquisiteces que pocos o nadie entienden. Siempre hemos querido, he querido, hacer del conocimiento un lugar cercano, un lugar recurrente un lugar donde todos tengamos cabida, capaz de producir encuentros reflexivos, pausados, rigurosos, pero, sobre todo, la curiosidad por la heterogeneidad.

En suma, modo de relacionarlos, al respecto Ortega y Gasset (1911) en el capítulo I de *Tres cuadros del vino*, nos invita a ello, a que percibamos esa media docena de cosas verdaderas dejando de lado ese falso progreso humano consistente en el aumento cuantitativo de las cosas, a lo que pregunto ¿Incluso de conocimiento? Un conocimiento al peso, incapaz de la pausa, incapaz de perderse en la escucha.

Por ello, decidí llevar a cabo esta compilación con la intención de mostrar maneras de afrontar las realidades que se presentan desde la posibilidad de elegir un punto de vista y que de alguna manera nos obliga a penetrar en la cultura. En definitiva, maneras de vivir y ver la vida que hacen comunidad, porque es necesario esa puesta en común que convierte a la antropología en una forma de hacer política, parafraseando a Auge “Lugares de lo político”. Y que, de alguna manera a través de la escritura, venimos a tratar aquí, pues lo político impregna todos los aspectos sociales y culturales de una sociedad tradicional y moderna.

Como decía, escritura y que para quien escribe, sea una forma, de iniciar el intercambio (diálogo) enunciativo de posibilidades, con el único objeto de que sea el sujeto que escribe quien marca el itinerario

a discutir, creando, insisto, “lugares de lo político”, en donde las relaciones que se deriven produzcan, faciliten un mejor entendimiento o al menos ayuden a ello. Y sin nada más que una hoja en blanco sobre la que escribir, facilitándonos así un mejor acercamiento, aunque sin optar más por la vocación que por la profesión según recurrida distinción “weberiana”.

Cristalización de una cultura que se encripta en los comportamientos humanos y nos pone en relación junto a ejercicios de poder. Compleja red de relaciones en el que de manera inevitable todo se multiplica, y como resultado un rizoma indescifrable productor de una realidad que se asemeja al estado esquizofrénico descrito por Deleuze y Guattari (1976). Pero si queremos avanzar debemos afirmar que no todo vale lo mismo.

Y es que los fenómenos políticos que se dan en el seno de nuestras sociedades se deben observar y analizar desde la perspectiva de la imbricación con el que viene operando la antropología. Así es, pues... la antropología no es sólo cosa de antropólogos. Una sociedad y sobre todo una política que asume en su lenguaje términos como: relatos, contextos, interpretar, leer, red, relaciones, relatos o incluso complejidad, es evidente que de manera más o menos consciente se viene haciendo antropología. E inspirado por Foucault (2002), no me cabe duda alguna al afirmar que la antropología está en el origen de todos los discursos, más allá de sus formulaciones o de quien los formule, el giro antropológico en muchos ámbitos de las ciencias humanas y sociales se ha producido.

Partiendo de ahí y de la más que considerada sospecha de que no estamos comprendiendo, al menos quien decide iniciar este proyecto, y que ha motivado la necesidad de crear un espacio común, una miscelánea de intersubjetividades heterogéneas de mundos de vida a presentar una orientación del pensamiento “hacia el ser humano” y sobre todo a encontrarse como nos invitaba Buber: “Cuando el hombre marche a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador.” En dónde abordaremos, oyendo unos de otros, esa mezcla desordenada que nos sonara de distinta manera, dependiendo de cómo sea leída, cuando sea leída y obviamente por quién sea leída. De eso se trata, la aceptación de que ha caído en nuestras manos un poner juntos, sin más, insisto, sin más pretensión; y que tan bien vendría reflejada en la siguiente alegoría:

“Shu (Breve) era el emperador de los Mares del Sur. Hu (Súbito) era el emperador de los Mares del Norte. Y Hun-tun (Caos) era el emperador del Centro. Breve y Súbito a menudo se reunían en el reino de Caos, y este los trataba muy bien. Queriendo agradecer a Caos su amabilidad, Breve y Súbito se dijeron: “Todo el mundo tiene siete orificios que les sirven para oír, ver, comer y respirar. Pero Caos es el único que no los tiene. ¡Vamos a hacérselos! Así que cada día le abrían un orificio. Y al séptimo día Caos murió”. (Chuangtse, Cap. 7).

Ya que nos encontramos con un libro tal y como se ha dado, tal y como es, y en el que sólo se ha respetado la necesidad de cada uno de sus componentes en su aquí y su ahora. Lo que nos ha dejado, espero coincidan, la belleza de un desorden del que emanan: dudas, preocupación, miedos (filias y fobias), crisis, esperanza, futuro, alternativa, compromiso, identidad, vulnerabilidades, en definitiva, un tiempo de y para el ser humano.

Y es así como nos adentraremos en planteamientos de muy diversa procedencia, “curiosidades” que sin la menor duda despertará en el lector la primigenia atención admirativa de quien quiere conocer y dialogar. Hablaremos de curiosidades que se acercan a la identidad, la identidad de quienes llevan años visualizándose y ahora intentando encontrar amparo jurídico a través de una ley trans- que tanta estridencia ha venido soportando y que sin la menor duda ayudará a dar luz. Y hablando de visualizar las mujeres han tenido y tienen tanto que decir. En concreto a través de las voces de la ¿otra? Una cuestión, entorno a la feminización del pensamiento que, sin intención buscada ha sido plasmada en esta compilación que como ocupación y preocupación central se ha venido reflejado desde distintas mujeres, pues no se debe habla de mujer, sino de mujeres y la constancia en esta compilación así lo refleja.

Del mismo modo nos encontramos con un par de capítulos en donde el devenir de una crisis política en general y retrocesos de derechos en particular la pueden ir conduciendo a políticas autoritarias y de terror, lo que va en consonancia con uno de los capítulos que se complementan con estos al hablar de la necesidad del cuidado y pregunto ¿cómo búsqueda del equilibrio? Un equilibrio que en ocasiones sin pretenderlo surge, como surgieron cuestiones en nuestra compilación que tienen que ver con maneras de vivir y experimentar (governabilidad) y que sin la menor duda nos pone ante el capítulo de nuevos tiempos, tiempos de “antropoceno”, una mirada que pone al ser humano en el

centro de una nueva era geológica y que de alguna manera nos dará juego (teoría de juegos) para analizar y poner en relación las “previsibles” acciones humanas en base a estructuras formalmente comunes. Acciones humanas que a buen seguro se producirían de otra manera si estas, como se nos relata en otro capítulo, hubiesen sido construidas, o narradas desde otras perspectivas, y terminaremos reflejando el valor de la narrativa desde la subjetividad de las experiencias vida (anexo) que de alguna manera serán testimonio final como ejemplo de concreciones y argumentario final de... “tener algo que contar”.

Y es que la presente compilación actúa como rizoma de variadas dimensiones y cambiantes direcciones que, si cabe, lo hacen mucho más atrayente, pues la realidad o al menos así se nos presenta, es múltiple, un mapa que deberá ser construido, en base a criterio y orden a decidir... por usted. De eso se trata de hacer que una obra no termina hasta que la misma sea leída, ordenada, compartida, discutida y finalmente valorada y difundida por quien la tiene en sus manos.

Y voy dejando para el final el sencillo, obvio y necesario ejercicio de agradecimiento, pues esta compilación no hubiese sido posible sin la disponibilidad, ejercicio del dar que nos describió Mauss (*Ensayo sobre el Don*) y que tan bien me supisteis dar: Campillo, Marta, Jose Antonio, Alejandra, Victoria, David, Marianela, Cristina, Rina, Silvia, Francisco, Félix, Paulina y Marina. Gracias.

Especial mención para el promotor de tantos proyectos investigativos y con el que últimamente venía coincidiendo, Miguel Ángel, quien falleció sin poder terminar el capítulo que se propuso realizar para esta compilación; compilación que nació en parte de él, siempre motivando, siempre ayudando, siempre proponiendo y con el que llevaba algunos años colaborando. Me acuerdo ahora de ese pretencioso convenio de colaboración con la Facultad de Ciencias sociales y políticas de la UNAM de la que era profesor y... lo obvió llegó, lo seguro que todos/as sabemos, conocemos y que siempre nos supera y a la que no pretendíamos ni queríamos llegar, así lo siento, ahora, y así lo sentía mi hermano Miguel Ángel cuando en enero pasado (2022) se vio obligado a afrontar. Gracias Dr. Márquez, gracias, hermano por estar siempre dispuesto, por haberme ayudado tanto y sobre todo por hacer de este laborar, algo tan cercano y humano que y a pesar de pensar y trabajar sobre ello (teoría) tantas veces solemos olvidar (práctica). Y como podrán imaginar esta compilación es y será un honor de necesario cumplimiento en memoria del Dr. Márquez.

En línea agradecer a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en concreto a la Profesora Rina que medio para que dicha Facultad me enviara uno de los últimos artículos publicados del Doctor titulado: “Gobernanza y voluntariado Universitario ante la pandemia del Covid-19: estudio sobre España, Argentina y México”.

Andamos terminando, ya toca, y debemos en este momento de agradecimiento hablar del maestro Villacañas, mi maestro que fue tanto en mi experiencia de lo que es una historia de vida, fue el primero en inducirme a ello “serás mis ojos y oídos en el Alto de la Paz” y quien me hizo descubrir a uno de mis preferidos, Blumenberg, por complicado, complejo y en ocasiones farragoso, pero una vez conocido, herramienta necesaria para pensar la vida. Gracias José Luis por tu enorme sensibilidad, sobremanera cuando hace algo más de un año te pedí formar parte de este proyecto a través de un prólogo y como una vez más, distes luz haciéndolo todo mucho más fácil con una sencilla, agradable e inmediata respuesta: “Cuenta con ello”.

Y que va muy cogido de la mano de lo que aquí venimos a hacer, contar, complejo compendio que espero disfruten y cómo no... deseo compartan. Gracias. Pues... “El hombre ha experimentado mucho. Nombrado a muchos celestes, desde que somos un diálogo y podemos oír unos de otros”.

José Turpín Saorín
Febrero 2023